



La casa de los espíritus

vida, política y teatro en Chile

A propósito del estreno de la obra de teatro basada en la novela de Isabel Allende, el sociólogo Manuel Antonio Garretón indaga en la manera en que el arte aborda los problemas vitales que no son entendibles a la luz de la política o la economía. “Estamos hablando de mi vida mamá, no de la política”, dice Rosa en una escena. “Pero hija, la vida y la política no están separadas”, responde su madre.

Manuel Antonio Garretón M.

La presentación de la versión teatral de *La casa de los espíritus*, de Caridad Svich con la dirección de José Zayas, permite una reflexión sobre las relaciones entre teatro y sociedad en el último siglo. Ello se nos facilita con la excelente antología *Un siglo de dramaturgia chilena*, encargada por la Comisión Bicentenario y que incluye un estudio de María de la Luz Hurtado sobre el teatro chileno desde 1910 hasta ahora.

Las sociedades latinoamericanas del siglo XX fueron básicamente sociedades políticas. Es decir, la política fue su principal identidad, sello o cemento cultural. En su terreno se constituían no sólo los actores sociales fundamentales, sino que también encontraban sentido la subjetividad de la gente y los proyectos individuales.

En la década del 60 esto parece cristalizar de la manera más clara. Y el arte, sobre todo la literatura, da cuenta de ello, mostrándonos la relación opaca y misteriosa entre las dimensiones históricas y las biografías individuales, sin reducir unas a otras, sin que nunca una sea simple reflejo de la otra. Un buen ejemplo es *Los versos del capitán*, donde la experiencia política y el sentimiento amoroso se despliegan

en toda su fuerza propia y radical autonomía, pero también en una relación insoluble.

Pero la obra artística está sujeta a búsquedas estéticas nunca reducibles a los contextos en que se desenvuelve. Como ha sido señalado, ética y estética han conjugado una poderosa, compleja y multifacética relación.

Probablemente, la principal transformación de nuestras sociedades desde el advenimiento de las democracias de los 80 o 90 sea el tránsito de su sello de identidad cultural principal desde la política a múltiples ejes de sentido en la forma de relacionar historia y vida individual. Esa relación tiende a debilitarse y quizás desvanecerse.

Chile no escapa a esta característica latinoamericana. Es más: aquí la política fue siempre más partidaria e institucionalizada. Y el teatro chileno ha sido una de las mejores expresiones de esta compleja relación entre arte y sociedad: entre el drama colectivo e histórico y la subjetividad y cotidianidad.

Así, el teatro de los años 30 o 40 da cuenta de la urbanización, el retraso agrario y el protagonismo de la clase media o de sectores trabajadores. El de las décadas del 50 y 60, de los fenómenos de reforma agraria, radicalización ideológica y

La casa de los espíritus

Director: José Zayas

Teatro Mori Parque Arauco

Horario: Jueves a las 20.30

horas; viernes y sábado 21

horas; domingo 20 horas.

Entradas: \$ 6.000 a \$ 12.000

Del 3 de junio al 15 de agosto

FICHA

grandes proyectos de transformación. Y el de la época de la dictadura se entiende mejor en función de las búsquedas de formas de creación, temáticas y de nuevos lenguajes que se hagan cargo del horror.

Desde la reinstalación democrática, quizás desde *La negra Ester*, es impresionante cómo el teatro, ahora en un gran despliegue de nuevas escuelas, grupos, públicos y formas de expresión, a la vez indaga en una sociedad cuyos problemas nuevos ya no son entendibles sólo a la luz de la economía o la política y también busca nuevos lenguajes, prácticas y estilos, sin que una tarea subordine a la otra.

La versión teatral de *La casa de los espíritus* se ubica en esta línea. La obra ilumina el tratamiento de los que sus personajes llaman la vida y la política. Más allá de lo que la crítica especializada haya dicho o reconocido, la novela de Isabel Allende es un hito muy importante en la comprensión creativa de esa relación. Escrita en la doble clave de realismo mágico, para dar cuenta de vidas y personajes de una época inmediatamente anterior al golpe, sólo capturable por la imaginación, y de una descripción casi documental para dar cuenta de la represión bajo la dictadura, sólo capturable por un len-

guaje más realista, las dos novelas que hay en ella hablan de una sociedad y una época en que sus personajes están transidos de vida y política, sin que ambas puedan ni confundirse ni separarse.

La versión teatral enfrentaba un triple desafío. Primero, no simplificar la complejidad de la novela, no limitarse a reproducir sus grandes claves y generar un nuevo lenguaje que no se confundiera con los dos de la novela.

Segundo, intentar una latinoamericanización de la trama, sin dejar de ser una obra muy nacional, de amor y sociedad, había que proyectarla al conjunto de la región.

Por último, y como consecuencia de los anteriores, buscar un hilo conductor distinto al de la novela, sin empobrecer sus múltiples lecturas y significaciones. Al poner como primera escena la tortura en una cárcel del régimen militar, el personaje que tendrá por misión escribir la historia desde su comienzo nos dirá que todo lo que veremos, y en realidad lo que somos, no puede entenderse sino desde ese momento constitutivo de la vida y la política.

Metáfora de lo que somos como país y del papel indispensable de la memoria del espanto en la construcción de un futuro más vivible.